

ponerse pronto, la sociedad es soluble a causa de la mezcla de todas las leyes ficticias, artificiales, transitorias, expedientes, contingentes, accidentales, que forman su composición. Puede convenir muchas veces, puede ser necesario, muy bueno, el disolver una sociedad cuando sea mala, sobrado vieja, o mal cimentada. Pero jamás es bueno, necesario ni conveniente el disolver la familia; cuando se disuelve una sociedad no es el individuo que se halla por último residuo, es la familia. La familia es el cristal de la sociedad.

Noviembre.—Cosas grandes hay que no son obra de un hombre, sino que lo son de un pueblo. Las pirámides de Egipto son anónimas, las tres jornadas de julio también lo son.

Alguna primavera tendremos un deshielo de Rusos.

EXCELENTE LEY ELECTORAL

ARTICULO 1.º—Todos los ciudadanos son electores.

ARTICULO 2.º—Todos los ciudadanos son elegibles.

Diciembre 9.—Benjamin Constant que murió ayer, era uno de aquellos hombres raros que pulen y aguzan las ideas generales de su tiempo, esas armas de los pueblos que pulverizan las de los ejércitos. Sólo las revoluciones pueden lanzar a la sociedad a tales hombres. Para hacer la piedra pomez es menester el volcán.

Acaban de anunciar en este día la muerte de Goethe, la muerte de Benjamín Constant, la muerte de Pío VIII. ¡Tres papas muertos! (1)

Si el clero no se enmienda y no muda de vida, pronto no se creará en Francia en otra Trinidad que en la del estandarte tricolor.

La Francia actual es una ciudadela inespugnable. Al

(1) Esta triple noticia circuló en efecto en París el mismo día; mas en cuanto a Goethe, no se confirmó hasta quince meses después.—(Nota del autor).

mediodía tiene por murallas los Pirineos, los Alpes al levante, al norte la Bélgica con su fila de fortalezas, al poniente el Océano por foso. Más allá de los Pirineos, de los Alpes, del Rin y de las fortalezas belgas, tres pueblos en revolución; España, Italia y Bélgica están de guardia para nosotros. Y en esa Francia inaccesible, tres millones de bayonetas por guarnición; para guardar los desfiladeros de los Alpes, de los Pirineos y de la Bélgica, cuatrocientos mil soldados; para defender el terreno una guardia nacional por cada pie cuadrado. Finalmente, tenemos el cabo de la mecha de todas las revoluciones con que está minada la Europa. No falta sino que digamos: ¡Fuego!

Asistí a una sesión del proceso de los ministros, a la penúltima, a la más lúgubre, a la que se oía mejor rugir al pueblo desde fuera. Algún día escribiré aquella jornada.

Durante la sesión un pensamiento me tenía embargado; y era que el poder oculto que ha conducido a Carlos X a su ruina, el genio malo de la restauración, aquel gobierno que trataba a la Francia como a acusada, como criminal, e inmediatamente trataba de castigarla, había venido a parar, tan cierto es que hay una razón interior en las cosas, en no poder servirse sino de fiscales. Efectivamente, quienes eran los tres hombres sentados al lado de Polignac en clase de sus más inmediatos agentes? Peyronet, fiscal general; Chautelauze, fiscal general; Guernon Ranville, fiscal general. ¿Qué es Mangin a quien probablemente se hubiera visto al lado suyo si no se hubiese escapado? un fiscal general. No más ministro de la gobernación, no más ministro de instrucción pública, no más prefecto de policía, sino en todos los ramos meros fiscales. La Francia no era ya ni administrada ni gobernada en el consejo del rey, sino acusada, condenada y castigada. Lo que está en las cosas, siempre tiene que asomar por algún lado.

La licencia con sus cien brazos se quita así misma los ojos.

Algunas rocas no detienen un río; por entre las re-

sistencias humanas, los acontecimientos van pasando sin desviarse.

Cada cual se despopulariza a su vez. Quizá el pueblo acabará también por despopularizarse.

Hay hombres desgraciados. Cristóbal Colón no pudo dar su nombre a su descubrimiento: Guillotín no pudo separar el suyo de su invención. (1)

Los derechos políticos, las funciones de jurado, de elector y de guardia nacional, entran evidentemente en la constitución normal de cada miembro de la ciudad. Todo hombre del pueblo es *a priori*, hombre de la ciudad.

Entre tanto, también los derechos políticos deben evidentemente dormir en el individuo, hasta que este individuo sepa bien claramente lo que son derechos políticos, que es lo que esto significa y lo que con ellos se hace.

Para ejercer es preciso comprender. En buena lógica la inteligencia de la cosa siempre debe preceder a la acción sobre la cosa.

Es menester, pues, y nunca se insistirá demasiado sobre ese punto, ilustrar al pueblo para poder un día constituirle. Y es para los gobernantes un deber sagrado derramar prontamente la luz por esas masas oscuras donde se halla el derecho definitivo. Todo tutor honrado apresura la emancipación de su pupilo. Multiplicad por tanto los caminos que conducen a la inteligencia, a la ciencia, a la aptitud. El congreso, iba a decir el trono, debe ser

(1) No obstante M. Guillotin era un médico muy filantrópico que prestó a la nación francesa un servicio del mayor interés, inventando el mecanismo de su fatal cuchilla, pues al menos se le supone la ventaja, por triste que ésta fuere, de acabar con la víctima sin padecimiento; no habiendo sido adoptada la guillotina sino después de muchos y bien dirigidos experimentos científicos, que constataron la decapitación preferible a la muerte por estrangulación, suplicio cuya atrocidad barto se echa de ver en el garrote por las espantosas convulsiones del infeliz ajusticiado, y por la tremenda expresión que Juego toma su rostro. Sin embargo, médicos ilustres, entre otros Sue, padre del tan popular escritor Eugenio Sue, espantan con las razones que aducen en contra de la guillotina, perfeccionada por el célebre cirujano Luis y defendida solo fisiológicamente por Cabanis, pues éste grande hombre considera la aplicación de la pena de muerte como un crimen social

el extremo de la escalera de la cual el primer escalón es una escuela.

A más de que, instruir al pueblo, es mejorarle, ilustrar al pueblo, es morigerarle, enseñar al pueblo, es civilizarle. Toda brutalidad se derrite al fuego de buenas lecturas cotidianas. *Humaniores litteræ*. Es necesario humanizar al pueblo con las letras.

No pidáis derechos para el pueblo mientras que este sólo supiere pedir cabezas.

Febrero.—El rey Fernando de Nápoles, padre del que acaba de morir, decía que para gobernar un pueblo no se necesitaban más que tres F: *Festa, Forza, Farina*.

El hombre debe tener monumentos en sus ciudades; y sino ¿dónde estaría la diferencia entre la villa y el hormiguero?

13 Marzo.—Combinación del ministerio Casimiro Perier. Un hombre que calmará la llaga pero no la curará; un paliativo, pero no la curación; un misterio de láudano.

«¡Qué admiración! ¡qué época! en la que es preciso temerle todo y arrostrarlo todo, en que el tumulto renace del tumulto, en que se promueve un alboroto por los medios que en circunstancias ordinarias se toman para prevenirlos, en que debe siempre procederse con mesura y luego esta parece doblez y pusilanimidad; en que es indispensable desplegar mucha fuerza y en que la fuerza parece tiranía; en que está uno bloqueado por mil consejos y es preciso no obstante tomar consejo de sí mismo; en que uno hasta se ve obligado a temer a ciudadanos cuyas intenciones son puras, pero cuya desconfianza y exageración llegan a hacerles casi tan temibles como conspiradores; en que hasta se ve uno reducido en las ocasiones espinosas a ceder por prudencia; a conducir el desorden para detenerle a encargarse de un empleo sin duda glorioso, pero cercado de crueles vicisitudes; en que todavía se debe, en medio de tan grandes dificultades, presentar serena la frente, estar siempre tranquilo,

proceder con orden hasta en los objetos de la menor importancia, no agraviar a nadie, templar todos los recelos del orgullo, servir incesantemente, y mendigar hasta el agrado como si uno nada hiciera!»

He aquí unas palabras que por cierto caracterizan admirablemente el momento presente, y que se adaptan en sus menores detalles, a los menores detalles de nuestra situación política. Sin embargo estas palabras tienen ya cuarenta años. Fueron pronunciadas por Mirabeau el día 19 de octubre del año 1789. De modo que las revoluciones tienen ciertos períodos que vuelven invariablemente. La revolución de 1789 se hallaba entonces en lo que ahora la del año 30, en el período de las insurrecciones.

Al pasar una revolución del estado de teoría al estado de acción, de ordinario da principio por el motín. El motín es la primera de las diversas formas violentas inherentes a la misma ley de una revolución. El motín es la aglomeración en tropel de los intereses nuevos, de las ideas nuevas, de las necesidades nuevas, junto a todas las puertas demasiado estrechas del edificio político viejo. Todos quieren entrar a un tiempo en todos los goces sociales. Por eso suele suceder que una revolución empieza por derribar las puertas. Está en la esencia del motín revolucionario, que no debe confundirse con los demás géneros de motín, el tener casi siempre razón en el fondo y solamente culpa en la forma.

SIN FECHA.—ULTIMAS REFLEXIONES

Una antigua profecía de Mahoma dice: *un sol se levantará al poniente*. ¿Si pronosticaría a Napoleón?

Póngase en parangón esos dos hombres, Robespierre y Mirabeau. El uno es de plomo, de hierro el otro. La fragua de la revolución hará derretir al uno que se disolverá en ella; el otro se enrojecerá, se pondrá incandescente y vendrá a ser hermoso y radiante.

Necesitábase un gigante como Aníbal, como Carlo-

Magno y como Napoleón para atravesar los Alpes de un salto.

Las revoluciones son principiadas por hombres a quienes hacen las circunstancias, y terminadas por hombres a quienes hacen surgir los sucesos.

En tiempo de la monarquía absoluta una real orden de encierro tomaba la libertad de un individuo y le metía en la Bastilla.

De este modo toda la libertad individual había ido acumularse de gota en gota, de hombre en hombre, a la Bastilla, y luego la libertad ha salido de allí a torrentes por la Francia y por toda la Europa.

Un republicano de Francia clásico en literatura, es un gorro colorado sobre una peluca.

La civilización es omnipotente, ora campa en un desierto de arena como en el Africa, allá en otro tiempo, ora se aviene con una región de nieves como actualmente en la Rusia.

Napoleón decía: oficiales franceses y soldados rusos. Gloria, ambición, ejércitos, flotas, tronos, coronas, no es bien mirado todo, sino dijese de los niños grandes.

El carnicero Legendre estaba atropellando a puñaladas a Languinais en la tribuna de la convención: «pero primero mandad decretar que soy un buey» le dijo este.

La Francia está siempre de moda en Europa. Cuenta la escritura que ha habido un rey el cual durante siete años fué transformado en fiera, y anduvo así por los bosques, volviendo después a tomar la forma humana. Nótase que a veces al pueblo le sucede lo mismo. Pasa sus siete años de fiera, y luego vuelve a ser hombre. Estas metamorfosis se llaman revoluciones. En ello el pueblo, lo mismo que el rey, gana la sabiduría.

BRINDIS

¡A la abolición de la ley sálica!

Que de aquí en adelante la Francia sea regida por una reina, y que esta reina se llame la ley.

¡Hay un paralelismo singular en los destinos de Roma!

después de un senado que hacia dioses, un cónclave que hace santos.

¿Pues en qué consiste esta sabiduría humana, que tanto se parece a la locura, si se ve de alguna elevación?

Los imperios tienen sus crisis, como sus inviernos las montañas. Una palabra pronunciada en tono fuerte causa a veces un alud.

En 1797 se decía, el partido de Bonaparte; en 1807 el imperio de Napoleón.

Los grandes hombres son los coeficientes de su siglo. Richelieu se llamaba *el marqués del Chillou*, Mirabeau, *Riquetti* y Napoleón, *Buonaparte*.

DECRETO

publicado en Pekin en la Gaceta de la China, a fines de Agosto de 1830:

«La academia astronómica ha dado cuenta de que en la noche del día 15 de la séptima luna (20 agosto), se han observado dos estrellas y han caído vapores blancos cerca el signo del Zodiaco Tsyvei-Tchoun. Se han dejado ver a la hora en que la guardia de noche se releva por la cuarta vez (cerca media noche), y *anuncian trastornos en el Oeste*.

Napoleón decía: con Amberes tengo una pistola cargada sobre el corazón de la Inglaterra.

Librenos Dios de aquellos reformadores que leen las leyes de Minos, porque tienen que hacer una constitución para el día siguiente.

El cochero que conducía a Bonaparte la noche del 5 de nivose, se llamaba César.

(1) Aquella noche estalló la máquina infernal preparada contra el primer cónsul de la república francesa, salvándole en efecto el arrojamiento de su cochero que hizo pasar los caballos a pesar de un carro que se había puesto en la calle para interceptar el paso por algunos instantes. La explosión fue tan terrible que fueron derribadas muchas casas y sepultadas en sus escombros varias personas.

La España ha tenido, la Inglaterra tiene la mayor marina de la tierra.

¡ El mediodía de América habla en español, el norte en inglés.

El incendio de Moscou fué una aurora boreal encendida por Napoleón.

NOBLEZA

PUEBLO

El conde de Mirabeau.
Napoleón Bonaparte, gentil hombre corso.
El marqués Simón de Bolívar.
El marqués de Lafayette.
Lord Byron.
Señor de Goethe.
Sir Walter-Scott.
El conde Enrique de San Simón.
El vizconde de Cheteaubriand.
Madama de Staél.
El conde de Maistre .
F. de Lamennais.
O'Connell, gentil hombre irlandés.
Mina, hidalgo español.
Benjamín de Constant.
Larochejaquelin.
Rafael del Riego.

Franklin.
Washington.
Sieyes.
Bentham.
Schiller.
Canarts.
Danton.
Talma.
Cuvier.

Lutero decía: con mi botella de cerveza voy trastornando la tierra. Cromwel decía: tengo al rey en mi alforja y al Parlamento en la faltriquera. Napoleón decía: lavemos entre familia nuestra ropa sucia, para que no salga de casa.

Aviso a los aficionados a hacer tragedias, que sin las grandes palabras no comprenden las grandes cosas.

Caidas de hombres secundarios, no son más que eclipses de Luna.

«Luis XIV tenía mucho talento natural pero era muy

ignorante; y se avergonzaba por ello. Así es que estaba la corte obligada a ridiculizar a los sabios.»

(*Memorias de la princesa Palatina*).

Ginebra: una república y un oceano en pequeño.

Vengo de Inglaterra, escribía hace veinte años Enrique de San Simón, y no he hallado por ahora allí ninguna idea capital **nueva**.

Sucede con un grande hombre lo que con el sol. Nunca nos parece tan bello, como cuando está cerca de la tierra; a la salida y al ocaso.

Entre los colosos de la historia, Cromwel, semifanático, semipolítico, marcó la transición de Mahoma a Napoleón.

Los galos incendiaron París delante de César (véanse sus comentarios); dos mil años después los rusos quemaron Moscou delante de Napoleón.

Todas las cosas de la vida no deben verse por entre el prisma de la poesía. La poesía se parece a los cristales ingeniosos que acrecentan los objetos. Si con ellos miráis las esferas del cielo, os las muestran con todo su brillo, y toda su majestad; pero si luego miráis con ellos los objetos de la tierra no veréis más que formas gigantescas, no hay duda, pero pálidas, vayas y confusas.

Napoleón expresado en blasón, es una corona giganteal con otra corona de rey encima.

Una revolución es la larva de una civilización.

La Providencia económica con respecto a sus grandes hombres. No los prodiga así como quiera. Los envía y los retira en el momento oportuno, y nunca los pone al frente más que de acontecimientos correspondientes a sus fuerzas y grandeza de ánimo. Cuando tiene que hacer alguna mala tarea, la hace por medio de manos malas; no revuelve la sangre y el cieno sino con instrumentos viles. De modo que Mirabeau se va antes de la época del terror; Napoleón no viene sino después. Entre los dos gigantes hay de por medio el hormiguero de hombres pequeños y maños, la guillotina, las matanzas, en una

palabra, 93, y para 93 basta Robespierre; ya es suficiente para aquello.

He oído a hombres del siglo, eminentes en política, en literatura, en ciencia, quejarse de la envidia, de los odios, de las calamidades, etc. Estoy por decir que tienen culpa. Esta es la ley de la gloria. Los altos renombres deben sufrir estas pruebas. El odio les sigue gruñendo por do quiera. Ni el teatro podía poner a cubierto a Sakespeare y a Molière, ni los grillos mismos pudieron escudar a Colón: el claustro no preserva de la malignidad a San Bernardo, y el trono tampoco libraba de él a Napoleón. Sólo hay en la tierra un lugar para el genio que goce fuero de asilo: es el sepulcro.

EL DERECHO Y LA LEY

Toda la elocuencia humana en el conjunto de todos los pueblos y de todos los tiempos puede resumirse en esto: la eterna querrela del derecho contra la ley.

Esta querrela, y en ella se encuentra todo el fenómeno del progreso, tiende a decrecer más y más. El día en que cese la civilización alcanzará su apogeo, y se habrán identificado lo que debe ser y lo que es: la tribuna, política se transformará en tribuna científica; no habrá doblado el cabo de las tempestades y no se producirán, por decirlo así, acontecimientos. La sociedad se desarrollará majestuosamente según la naturaleza, la cantidad de eternidad posible en la tierra se mezclará a los hechos humanos y los apaciguará.

No más disputas, no más facciones, no más parásitos; éste será el régimen apacible de lo incontestable; no se harán las leyes, sino que se las constatará; seremos gobernados por la evidencia; el código será honrado, directo y claro; no en balde se denomina virtud a la rectitud; esta rigurosidad forma parte de la libertad y no excluye la inspiración. La Humanidad tiene dos polos, el verdadero y el hermoso, de modo que, en uno de

esos polos, será regida por lo exacto, en el otro por lo ideal. La instrucción sustituirá a la guerra y gracias a ello, el sufragio universal alcanzará ese grado de discernimiento que permite elegir los espíritus; se tendrá por Parlamento el concilio permanente de las inteligencias; el instituto tuvo una visión confusa, pero profunda, de lo porvenir.

Esta sociedad del futuro será soberbia y tranquila, al par. A las batallas sucederán los descubrimientos; los pueblos no conquistarán, pero se engrandecerán y se iluminarán; no habrá guerreros, habrá trabajadores; se trabajará, se construirá, se inventará; el exterminar no se considerará como una gloria. A los que matan sucederán los que crean. La civilización, que era toda acción, será toda pensamiento; la vida pública se compondrá del estudio de lo verdadero y de la producción de lo bello. Las fronteras se borrarán por la luz de los espíritus.

La Grecia era muy pequeña; nuestra casi isla de Egipto superpuesta a Grecia la cubriría; sin embargo, la Grecia era inmensa por Homero y por Esquilo, por Fidias y por Sócrates. Estos cuatro hombres son cuatro mundos. Grecia los tuvo, de ahí su grandeza. La envergadura de un pueblo se mide por su resplandor; la Siberia gigante es un enano; la colosal Africa apenas si existe. Una ciudad, Roma, ha sido el universo entera, cuando ella hablaba, hablaba la tierra toda. *Urbi et orbi*.

Esta grandeza la posee Francia e irá aumentándola. Lo admirable de Francia es que está destinada a morir, pero a morir como los dioses, por la transfiguración. Francia se convertirá en Europa. Ciertos pueblos acaban por la sublimación como Hércules, o por la ascensión como Jesucristo. Puede decirse que, en determinado momento, entra un pueblo en constelación; los otros pueblos, astros de segundo orden, se agrupan a su alrededor, y así es como Atenas, Roma y París se convierten en pleyades. ¡Leyes inmensas! Grecia se transfiguró y vino el mundo pagano; Roma se transfiguró y vino el mundo cristiano; Francia se transfigurará y vendrá entonces

el mundo humano. La revolución de Francia se denominará la revolución de los pueblos. ¿Por qué? Porque Francia lo merece; porque carece de egoísmo, porque no trabaja para ella sola, porque es la creadora de esperanzas universales, porque ella representa toda la buena voluntad humana, porque allí donde las demás naciones aparecen como hermanas, ella se muestra siempre como madre. Esta maternidad de la generosa Francia resplandece en todos los fenómenos sociales de esta época; los demás pueblos le confían sus desgracias, ella les hace las ideas. Su revolución no es local, sino general; no está limitada porque es indefinida. Francia restaura en toda causa la noción primera, la noción verdad. En la filosofía restablece la lógica, en el arte la naturaleza y en la ley el derecho.

¿Está acabada su obra? Ciertamente que no. Por ahora sólo se vislumbra la playa luminosa y lejana, el punto de desembarco, el porvenir.

Esperando se lucha.

Lucha laboriosa.

De un lado el ideal, del otro lo incompleto.

Antes de ir más lejos, pongamos aquí una frase que aclara cuanto hemos de decir y que quizás va aún más allá.

La vida y el derecho son un mismo fenómeno. Van estrechamente unidos.

Mírese a los seres creados y se verá que la cantidad de derecho está adecuada a la cantidad de vida.

De ahí la grandeza de todas las cuestiones que se relacionan con esta noción: el Derecho.

II

El derecho y la ley, he ahí las dos fuerzas; de su acuerdo nace el orden, de su antagonismo nacen las catástrofes. El derecho habla y ordena desde el pináculo de las verdades; la ley replica desde el fondo de las realidades: el derecho se inspira en lo justo; la ley en lo potén-